

Homilía de Viernes Santo

Año litúrgico 2008 - 2009 - (Ciclo B)

“Está cumplido”

Introducción

Jesús, hablando un día con sus discípulos sobre su muerte que intuía próxima, les dijo: “Cuando sea levantado hacia lo alto, atraeré a todos hacia mí” (Jn 12,32). Y, en otro momento de la Pasión, se nos dice también: “Mirarán al que traspasaron” (Jn 19,37).

Desde aquel primer Viernes Santo, todas las miradas se han seguido dirigiendo hacia el traspasado, al celebrarlo y recordarlo. Todas las miradas de todos los creyentes y seguidores de Jesús. Y no sólo ellos, también agnósticos y practicantes de otras religiones. Basta ser humanos, ser sensibles, para que un hecho como aquél, interpele y dirija la mirada y el corazón hacia él.

Las miradas hacia el misterio existieron y existen. Pero no todas fueron iguales y tampoco lo son en la actualidad. Las hubo entonces y las sigue habiendo de pura curiosidad. No importa que la escena esté teñida de sangre, interesa el espectáculo. Las hubo y las hay, hoy más que en otros momentos de la historia, de frivolidad. Miradas poco serias, a veces mezcladas de burla y desprecio. Junto a ellas, también nos consta que hubo miradas de condolencia, como las de las piadosas mujeres de entonces y de después. Y de arrepentimiento, como la del buen ladrón. O llenas de fe, como la del Centurión. Y de respeto y cariño, como la de Juan, Nicodemo, José de Arimatea, María Magdalena y las otras mujeres. Me pregunto cuál es la mía y, con honradez y respeto, te sugiero te preguntes sobre la tuya..



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 52, 13 — 53, 12

Mirad, mi siervo tendrá éxito, subirá y crecerá mucho. Como muchos se espantaron de él porque desfigurado no parecía hombre, ni tenía aspecto humano, así asombrará a muchos pueblos, ante él los reyes cerrarán la boca, al ver algo inenarrable y comprender algo inaudito. ¿Quién creyó nuestro anuncio?: ¿a quién se reveló el brazo del Señor? Creció en su presencia como brote, como raíz en tierra árida, sin figura, sin belleza. Lo vimos sin aspecto atrayente, despreciado y evitado de los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultaban los rostros, despreciado y desestimado. Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado; pero él fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable cayó sobre él, sus cicatrices nos curaron. Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino; y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes. Maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría la boca: como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca. Sin defensa, sin justicia, se lo llevaron, ¿quién se preocupará de su estirpe? Lo arrancaron de la tierra de los vivos, por los pecados de mi pueblo lo hirieron. Le dieron sepultura con los malvados y una tumba con los malhechores, aunque no había cometido crímenes ni hubo engaño en su boca. El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento, y entregar su vida como expiación: verá su descendencia, prolongará sus años, lo que el Señor quiere prosperará por su mano. Por los trabajos de su alma verá la luz, el justo se saciará de conocimiento. Mi siervo justificará a muchos, porque cargó con los crímenes de ellos. Le daré una multitud como parte, y tendrá como despojo una muchedumbre. Porque expuso su vida a la muerte y fue contado entre los pecadores, él tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores.

Salmo

Salmo 30, 2 y 6. 12-13. 15-16. 17 y 25 R/. Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu

A ti, Señor, me acojo: no quede yo nunca defraudado; tú, que eres justo, ponme a salvo. A tus manos encomiendo mi espíritu: tú, el Dios leal, me librarás. R/. Soy la burla de todos mis enemigos, la irrisión de mis vecinos, el espanto de mis conocidos: me ven por la calle, y escapan de mí. Me han olvidado como a un muerto, me han desechado como a un cacharro inútil. R/. Pero yo confío en ti, Señor; te digo: «Tú eres mi Dios». En tu mano están mis azares: líbrame de los enemigos que me persiguen. R/. Haz brillar tu rostro sobre tu siervo, sálvame por tu misericordia. Sed fuertes y valientes de corazón, los que esperaréis en el Señor. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta a los Hebreos 4, 14-16; 5, 7-9

Hermanos: Ya que tenemos un sumo sacerdote grande que ha atravesado el cielo, Jesús, Hijo de Dios, mantengamos firme la confesión de fe. No tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino que ha sido probado en todo, como nosotros, menos en el pecado. Por eso, comparezcamos confiados ante el trono de la gracia, para alcanzar misericordia y encontrar gracia para un auxilio oportuno. Cristo, en efecto, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, siendo escuchado por su piedad filial. Y, aun siendo Hijo,

aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se convirtió, para todos los que lo obedecen, en autor de salvación eterna.

Evangelio del día

Pasión de nuestro Señor Jesucristo según san Juan 18, 1 — 19, 42

Cronista: En aquel tiempo, salió Jesús con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, y entraron allí él y sus discípulos. Judas, el que lo iba a entregar, conocía también el sitio, porque Jesús se reunía a menudo allí con sus discípulos. Judas entonces, tomando una cohorte y unos guardias de los sumos sacerdotes y de los fariseos, entró allí con faroles, antorchas y armas. Jesús, sabiendo todo lo que venía sobre él, se adelantó y les dijo: + «¿A quién buscáis?». C. Le contestaron: S. «A Jesús, el Nazareno». C. Les dijo Jesús: + «Yo soy». C. Estaba también con ellos Judas, el que lo iba a entregar. Al decirles: «Yo soy», retrocedieron y cayeron a tierra. Les preguntó otra vez: + «¿A quién buscáis?». C. Ellos dijeron: S. «A Jesús, el Nazareno». C. Jesús contestó: + «Os he dicho que soy yo. Si me buscáis a mí, dejad marchar a estos». C. Y así se cumplió lo que había dicho: «No he perdido a ninguno de los que me diste». Entonces Simón Pedro, que llevaba una espada, la sacó e hirió al criado del sumo sacerdote, cortándole la oreja derecha. Este criado se llamaba Malco. Dijo entonces Jesús a Pedro: + «Mete la espada en la vaina. El cáliz que me ha dado mi Padre, ¿no lo voy a beber?». C. La cohorte, el tribuno y los guardias de los judíos prendieron a Jesús, lo ataron y lo llevaron primero a Anás, porque era suegro de Caifás, sumo sacerdote aquel año; Caifás era el que había dado a los judíos este consejo: «Conviene que muera un solo hombre por el pueblo». Simón Pedro y otro discípulo seguían a Jesús. Este discípulo era conocido del sumo sacerdote y entró con Jesús en el palacio del sumo sacerdote, mientras Pedro se quedó fuera a la puerta. Salió el otro discípulo, el conocido del sumo sacerdote, habló a la portera e hizo entrar a Pedro. La criada portera dijo entonces a Pedro: S. «¿No eres tú también de los discípulos de ese hombre?». C. Él dijo: S. «No lo soy». C. Los criados y los guardias habían encendido un brasero, porque hacía frío, y se calentaban. También Pedro estaba con ellos de pie, calentándose. El sumo sacerdote interrogó a Jesús acerca de sus discípulos y de su doctrina. Jesús le contestó: + «Yo he hablado abiertamente al mundo; yo he enseñado continuamente en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y no he dicho nada a escondidas. ¿Por qué me preguntas a mí? Pregunta a los que me han oído de qué les he hablado. Ellos saben lo que yo he dicho». C. Apenas dijo esto, uno de los guardias que estaba allí le dio una bofetada a Jesús, diciendo: S. «¿Así contestas al sumo sacerdote?». C. Jesús respondió: + «Si he faltado al hablar, muestra en qué he faltado; pero si he hablado como se debe, ¿por qué me pegas?». C. Entonces Anás lo envió atado a Caifás, sumo sacerdote. C. Simón Pedro estaba de pie, calentándose, y le dijeron: S. «¿No eres tú también de sus discípulos?». C. Él lo negó, diciendo: S. «No lo soy». C. Uno de los criados del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro le cortó la oreja, le dijo: S. «¿No te he visto yo en el huerto con él?». C. Pedro volvió a negar, y enseguida cantó un gallo. C. Llevaron a Jesús de casa de Caifás al pretorio. Era el amanecer, y ellos no entraron en el pretorio para no incurrir en impureza y poder así comer la Pascua. Salió Pilato afuera, adonde estaban ellos, y dijo: S. «¿Qué acusación presentáis contra este hombre?». C. Le contestaron: S. «Si este no fuera un malhechor, no te lo entregaríamos». C. Pilato les dijo: S. «Lleváoslo vosotros y juzgado según vuestra ley». C. Los judíos le dijeron: S. «No estamos autorizados para dar muerte a nadie». C. Y así se cumplió lo que había dicho Jesús, indicando de qué muerte iba a morir. Entró otra vez Pilato en el pretorio, llamó a Jesús y le dijo: S. «¿Eres tú el rey de los judíos?». C. Jesús le contestó: + «¿Dices eso por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?». C. Pilato replicó: S. «¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los sumos sacerdotes te han entregado a mí; ¿qué has hecho?». C. Jesús le contestó: + «Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí». C. Pilato le dijo: S. «Entonces, ¿tú eres rey?». C. Jesús le contestó: + «Tú lo dices: soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz». C. Pilato le dijo: S. «Y, ¿qué es la verdad?». C. Dicho esto, salió otra vez adonde estaban los judíos y les dijo: S. «Yo no encuentro en él ninguna culpa. Es costumbre entre vosotros que por Pascua ponga a uno en libertad. ¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?». C. Volvieron a gritar: S. «A ese no, a Barrabás». C. El tal Barrabás era un bandido. C. Entonces Pilato tomó a Jesús y lo mandó azotar. Y los soldados trenzaron una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza y le echaron por encima un manto color púrpura; y, acercándose a él, le decían: S. «Salve, rey de los judíos!». C. Y le daban bofetadas. Pilato salió otra vez afuera y les dijo: S. «Mirad, os lo saco afuera para que sepáis que no encuentro en él ninguna culpa». C. Y salió Jesús afuera, llevando la corona de espinas y el manto color púrpura. Pilato les dijo: S. «He aquí al hombre». C. Cuando lo vieron los sumos sacerdotes y los guardias, gritaron: S. «Crucifícalo, crucifícalo!». C. Pilato les dijo: S. «Lleváoslo vosotros y crucificadlo, porque yo no encuentro culpa en él». C. Los judíos le contestaron: S. «Nosotros tenemos una ley, y según esa ley tiene que morir, porque se ha hecho Hijo de Dios». C. Cuando Pilato oyó estas palabras, se asustó aún más. Entró otra vez en el pretorio y dijo a Jesús: S. «¿De dónde eres tú?». C. Pero Jesús no le dio respuesta. Y Pilato le dijo: S. «¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para soltarte y autoridad para crucificarte?». C. Jesús le contestó: + «No tendrías ninguna autoridad sobre mí si no te la hubieran dado de lo alto. Por eso el que me ha entregado a ti tiene un pecado mayor». C. Desde este momento Pilato trataba de soltarlo, pero los judíos gritaban: S. «Si sueltas a ese, no eres amigo del César. Todo el que se hace rey está contra el César». C. Pilato entonces, al oír estas palabras, sacó afuera a Jesús y se sentó en el tribunal, en el sitio que llaman «el Enlosado» (en hebreo «Gábbata»). Era el día de la Preparación de la Pascua, hacia el mediodía. Y dijo Pilato a los judíos: S. «He aquí a vuestro rey». C. Ellos gritaron: S. «¡Fuera, fuera; crucifícalo!». C. Pilato les dijo: S. «¿A vuestro rey voy a crucificar?». C. Contestaron los sumos sacerdotes: S. «No tenemos más rey que al César». C. Entonces se lo entregó para que lo crucificaran. C. Tomaron a Jesús, y, cargando él mismo con la cruz, salió al sitio llamado «de la Calavera» (que en hebreo se dice «Gólgota»), donde lo crucificaron; y con él a otros dos, uno a cada lado, y en medio, Jesús. Y Pilato escribió un letrero y lo puso encima de la cruz; en él estaba escrito: «Jesús, el Nazareno, el rey de los judíos». Leyeron el letrero muchos judíos, porque estaba cerca el lugar donde crucificaron a Jesús, y estaba escrito en hebreo, latín y griego. Entonces los sumos sacerdotes de los judíos dijeron a Pilato: S. «No escribas “El rey de los judíos”, sino: “Este ha dicho: soy el rey de los judíos”». C. Pilato les contestó: S. «Lo escrito, escrito está». C. Los soldados, cuando crucificaron a Jesús, cogieron su ropa, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y apartaron la túnica. Era una túnica sin costura, tejida toda de una pieza de arriba abajo. Y se dijeron: S. «No la rasguemos, sino echémosla a suerte, a ver a quién le toca». C. Así se cumplió la Escritura: «Se repartieron mis ropas y echaron a suerte mi túnica». Esto hicieron los soldados. C. Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo al que amaba, dijo a su madre: + «Mujer, ahí tienes a tu hijo». C. Luego, dijo al discípulo: + «Ahí tienes a tu madre». C. Y desde aquella hora, el discípulo la recibió como algo propio. C. Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dijo: + «Tengo sed». C. Había allí un jarro lleno de vinagre. Y, sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca. Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: + «Está cumplido». C. E inclinando la cabeza, entregó el espíritu. [Todos se arrodillan, y se hace una pausa.] C. Los judíos entonces, como era el día de la Preparación, para que no se quedaran los cuerpos en la cruz el sábado, porque aquel sábado era un día grande, pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y que los quitaran. Fueron los soldados, le quebraron las piernas al primero y luego al otro que habían crucificado con él; pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis. Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: «No le quebrarán un hueso»; y en otro lugar la Escritura dice: «Mirarán al que traspasaron». C. Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús aunque oculto por miedo a los judíos, pidió a Pilato que le dejara llevarse el cuerpo de Jesús. Y Pilato lo autorizó. Él fue entonces y se llevó el cuerpo. Llegó también Nicodemo, el que había ido a verlo de noche, y trajo unas cien libras de una mixtura de mirra y áloe. Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en los lienzos con los aromas, según se acostumbra a enterrar entre los judíos. Había un huerto en el sitio donde lo crucificaron, y en el huerto, un sepulcro nuevo donde nadie había sido enterrado todavía. Y como para los judíos era el día de la Preparación, y el sepulcro

estaba cerca, pusieron allí a Jesús.

Pautas para la homilía

Entre nosotros, los humanos, lo normal es, ante la desaparición de una persona amiga o conocida, preguntarnos y preguntar de qué murió. No así ante Jesús. Ante su muerte, quisiéramos saber algo más, aunque ese algo más esté rondando el misterio y continuamente se nos escape. ¿Por qué murió Jesús? Sabemos que murió como sólo morían los esclavos y los condenados por algún gravísimo delito. Pero, ¿por qué? ¿Sólo para que se cumplieran las Escrituras, como él mismo dijo en un momento de su vida? Seguro que, si lo dijo él, es cierto, pero no nos llena, no acaba de convencernos. “Para librarnos del pecado” como “el cordero de Dios que quita el pecado del mundo”. Pero, ¿era necesario un pecado mayor para expiar un pecado menor, hablando a lo humano? Algo sabemos, pero todo envuelto en el misterio. Por eso, antes de adorarlo, antes de celebrarlo, siempre está bien intentar, de alguna forma, actualizarlo. Es lo que intentamos hacer cada vez que recordamos el “vía crucis”.

Actualidad del drama

No sé si el “mirarán al que traspasaron” y aquello de que “cuando sea levantado hacia lo alto, atraeré a todos hacia mí”, será la razón de ser y el origen de los “vía crucis”, sobre todo de los vía crucis vivientes, en los que personas vivas representan a las figuras que tuvieron vida en la Pasión y muerte del Señor. De ahí mi pregunta en este Viernes Santo: ¿Qué papel represento yo, qué papel representáis vosotros, qué papel representamos cada uno en esta función?

Los papeles y los actores, a lo largo y ancho de estos poco más de veinte siglos de historia, han sido los mismos, con ligeros retoques y matices propios de la época, que los que rodearon a Jesús en la colina de su Pasión y muerte.

Puede que prevalezcan los indiferentes, los meros espectadores, los que se lavan las manos para evitar problemas y responsabilidades; los que, bien resguardados, no les importa lo que suceda a los demás y menos todavía por qué; aquellos que no les gusta meterse donde –según dicen- nadie les llama, cuando la muerte del inocente a todos nos “llama” y nos concierne. Más todavía, quizá sin esa indiferencia no se sentirían tan seguros los verdugos.

Los hubo y los hay también pusilánimes, apocados y cobardes, como Pedro cuando afirmó “no conocer a ese hombre”. Aunque pocos pudieran presumir de conocer a Jesús más que él, y aunque los “Pedros” posteriores hayan podido ser “practicantes” a ultranza. Pero, cuando las cosas vienen mal dadas, lo fácil es sacar la espada y cortar orejas, cuando lo único que se pedía y pide es fidelidad y confianza.

Y también los hubo y los hay fieles. Los hay que se fían de Jesús y de su Palabra. Hubo un “buen ladrón”, modelo de todos los orantes, que supo pedir lo que hay que pedir, a quien hay que hacerlo, cuando hay que hacerlo y como hay que hacerlo. Porque supo fiarse de quien estaba a su lado. Hubo mujeres fieles; hombres entrañables que acompañaron a Jesús hasta después de morir. Y así los ha habido a lo largo de la historia.

¿Y yo, qué? ¿Y tú, qué? ¿Y nosotros, qué? Si hubiera que distribuir los papeles para representar el vía crucis viviente este Viernes Santo, ¿Quién va a hacer de Nicodemo? ¿Quién quiere ser Simón el de Cirene? ¿Quién hace de Juan? Mejor que no nos ofrezcan el papel de Judas; aunque inevitable, no lo queremos nadie. Los cobardes e indiferentes sobran en la representación.

La cruz y Viernes Santo

Hoy toda la liturgia y, en concreto, la lectura de la Pasión, giran en torno al mismo tema: la cruz. La cruz, centro hoy de nuestra celebración; y ayer, hoy y mañana, en el centro de nuestra vida entera.

Como sacerdote, la he tenido que trazar sobre la frente de muchos niños conducidos por sus padres para ser bautizados, como un día hicieron conmigo los míos al cumplir con tan santa obligación. Se la mostré a cuantos preparé para que recibieran su primera comunión, con aquella frase señera: “La señal del cristiano es la santa cruz”. No sé ellos, yo sí comprobé más tarde la veracidad de aquellas palabras en mi propia vida. Y, al margen de mi comprobación, la he usado para bendecir, para perdonar, para celebrar los sacramentos. Con ella empezamos la eucaristía y con ella la terminamos.

No sé hoy, puede que sea distinto. Pero, yo que ya voy siendo mayor, aún la recuerdo siempre en la cabecera de mi cama, en las aulas, en las torres, en las espadañas de las iglesias, en muchos de nuestros montes y bifurcación de muchos caminos.

Y, como todos vosotros, seguro, aún la he visto mucho más cumpliendo su cometido doloroso, hiriente y lacerante. Por extraño que parezca, anida en niños y ancianos, en casados y solteros, en clérigos y laicos, en creyentes, agnósticos y ateos. Toma forma y nombre de enfermedades peculiares, caprichosas y totalmente inusuales; en deformaciones que llamamos eufemísticamente “minusválías”; en la soledad y agonía de muchas personas, algunas conocidas, desconocidas la mayoría.

Hoy, al “celebrar” ¡quién lo diría! Viernes Santo, tenemos en cuenta todas estas cruces y las valoramos porque Jesús acabó su vida y murió en otra, en la Cruz –con mayúscula-, que es la que da valor a las nuestras. No las buscamos, que no somos masoquistas, pero tampoco las ignoramos y, menos, las despreciamos o rechazamos. Luchamos, eso sí, por aliviar el dolor que producen en nuestros hermanos los hombres, como hizo el mismo Jesús. Y cuando, después de haber rezado la oración de Jesús en Getsemaní, comprobamos que la voluntad del Padre es que “no pase de nosotros ese cáliz”, la aceptamos para que se cumpla su voluntad.

María, la madre del crucificado

Al final, la postura más humana es adorar el misterio. Sabemos y por eso celebramos lo que sucedió, pero entenderlo es otra cosa. Puede que del todo no lo entendamos nunca. Por eso, quiero acabar con la mirada y el gesto que expresamente silencié y reservé hasta ahora, aunque sea la mirada más elocuente y el gesto más impactante. Me refiero a María, la madre de Dios, la Virgen de los dolores, cuya figura no puede ser más expresiva. Tampoco ella entendió el misterio, pero supo “guardarlo en su corazón”, rezarlo y vivirlo. Como recibió y vivió a su Hijo muerto en sus brazos, en ese gesto maternal tan entrañable y familiar.

Y si todavía dudamos o no nos atrevemos, volvamos a mirar el cuadro de la Dolorosa. Con seguridad que también nos mostrará a nosotros, en actitud maternal, a Jesús, hoy muerto, pero mañana vivo y glorioso. Pero, esa es otra historia y la celebraremos mañana.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Evangelio para niños

Viernes Santo - 10 de abril de 2009



Pasión de Ntro. Señor Jesucristo

Juan 18, 1-19,42

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

....Tomaron a Jesús, y él, cargando con la cruz, salió al sitio llamado "de la Calavera" (que en hebreo se dice Gólgota), donde lo crucificaron; y con él a otros dos, una a cada lado, y en medio, Jesús. Y Pilato escribió un letrero y lo puso encima de la cruz; en él estaba escrito: "Jesús el Nazareno, el Rey de los Judíos". Leyerón el letreros mucho judíos, porque estaba cerca el lugar donde crucificaron a Jesús y estaba escrito en hebreo, latín y griego. Entonces los sumos sacerdotes de los judíos le dijeron a Pilato: No escribas "El rey de los judíos", sino "Este ha dicho: Soy rey de los judíos". Pilato les contestó: - Lo escrito, escrito está. Los soldados, cuando crucificaron a Jesús, cogieron su ropa, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y apartaron la túnica. Era una túnica sin costura, tejida toda de una pieza de arriba abajo. Y se dijeron: - No la rasguemos, sino echemos a suertes a ver a quién le toca. Así se cumplió la Escritura: "Se repartieron mis ropas y echaron a suerte mi túnica". Esto hicieron los soldados. Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre María la de Cleofás y María la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y cerca al discípulo que tanto quería, dijo a su madre: - Mujer, ahí tienes a tu hijo. Luego dijo al discípulo: - Ahí tienes a tu madre. Y desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa. Después de esto, sabiendo Jesús que todo había llegado a su término, para que se cumpliera la Escritura dijo: - Tengo sed. Había allí un jarro lleno de vinagre. Y, sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca. Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: - Está cumplido. E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu.....

Explicación

Este día recordamos la muerte de Jesús, clavado en una cruz. Ocurrió hacia las tres de la tarde, a las afueras de Jerusalén. Le pusieron denuncias por decir que era Hijo de Dios y por proclamarse rey, y en el juicio le trataron de blasfemo y oponente al emperador de Roma. Por eso le condenaron a morir. Junto a la cruz de Jesús, estaba su madre, la hermana de su madre y María Magdalena.